

GORSKY

VESNA GOLDSWORTHY

GORSKY

Traducción de Horacio Pons



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Gorsky*

Diseño de la cubierta: Edhasa

© Ilustración de la cubierta: Eduardo Ruiz

Traducción de Horacio Óscar Pons

Primera edición: marzo de 2016

© Vesna Goldsworthy, 2015

First published as *Gorsky* by Chatto and Windus, an imprint of Vintage Publishing.

Vintage Publishing is a part of Penguin Random House group companies

© de la presente edición: Edhasa, 2016

Avda. Diagonal, 519-521

08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Av. Córdoba, 744, 2º piso, unidad C

C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires

Tel. (11) 43 933 432

Argentina

E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-1239-3

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 2573-2016

Impreso en España

Para Jacqueline Lewis

Ése fue el informe que los enviados ingleses hicieron de lo que habían visto y padecido en Rusia; y la llegada de los enviados rusos a Inglaterra confirmó su testimonio. Los extranjeros no hablaban una lengua civilizada. Su porte, sus gestos, sus saludos, eran de una índole bárbara y salvaje. El embajador y los grandes que los acompañaban eran tan espléndidos que todo Londres se agolpaba para verlos, y estaban tan sucios que nadie se atrevía a tocarlos. Al acudir a los bailes de la Corte, dejaban caer perlas y sabandijas.

Thomas Macaulay,
Historia de Inglaterra (1848)

1

Era la clase de negocio que sólo se presenta una vez en la vida. Si tienes suerte.

Hubo, para empezar, un año de fiestas glamurosas: un año inesperado e inmerecido, sin comparación con nada que yo hubiera experimentado. Luego todo se interrumpió de improviso, y tuve que volver a lo que antes era, a un idioma diferente y a un lugar distinto. Gorsky me cambió la vida.

Recuerdo su primera visita a la librería. No podías dejar de advertir su presencia, incluso en una ciudad como Londres, donde millones se afanan por llamar la atención. La gente ronda con un pavoneo exhibicionista, como si fueran las estrellas de su propio clip de YouTube. Él era silenciosamente notable: extranjero, caro, en cierto modo inmóvil, aun cuando se movie-

ra, con el volumen permanentemente bajo. Su rostro melancólico tenía un aire equino y aristocrático, y sus cachemires a medida tan en extremo ingleses que al principio supuse que sólo podía ser prusiano.

Muchos *deutsche prinzen* desempleados deambulaban por esta parte de Knightsbridge y Chelsea en busca de arte y antigüedades. Esta gente, Fulano von Esto y Mengano von Aquello, suele moverse bastante por encima de sus magras posibilidades monetarias cuando se trata de ropa a medida. Él, en cambio, era multimillonario; tenía sin duda más dinero del que nadie puede gastar, y mucho menos necesitar, en toda una vida. También daba la talla a la hora de vestirse, sí, pero había que mirar con mucho detenimiento para advertirlo. Su dinero no gritaba. Susurraba en el frufú del más blanco algodón egipcio, en la más refinada cachemira y en el más suave cuero de becerro, así como en el tictac del reloj de platino con el mecanismo más preciso jamás construido. Tenía tantos trajes más o menos idénticos de Savile Row que debían de ser tan descartables como pañuelos de papel: no me lo imagino molestándose en enviarlos a la tintorería. Y aunque me pasaba la mitad del tiempo mirando por el escaparate de la librería y

tratando de adivinar de dónde provenía cada transeúnte ocasional, en su caso Rusia ni siquiera se me cruzó por la cabeza. No era tanto por el hecho de que su blanca hiperbórea no cuadrara con los pantanos helados del estuario del Neva. No, había algo más intangible en sus rasgos que me llevaba hacia el viejo Königsberg. Angosto y cincelado como un alto vaso de cristal, con ojos azules un poquitín demasiado cerca de su nariz larga y recta, su rostro lo hacía parecer más alto de lo que era y recordaba a algo así como una criatura de otra época: el alma gemela de Ernst Jünger, un báltico errante o un amigo epistolar germánico de Byron pintado de espaldas por Caspar Friedrich cuando, sumido en sus profundas reflexiones sobre el mar helado que ha contemplado hasta hace un minuto, comienza a volverse lentamente hacia el espectador.

Los rusos tenían una apariencia más dura, fornida y tosca, incluso los que eran innegablemente guapos. No hablo de los rusos en general, desde luego, sino de los que vivían en el puñado de códigos postales más ricos de Londres, ese grupo autoelegido de hombres pertenecientes a la generación de *baby-boomers*, como se los habría llamado en Occidente. En Rusia habían he-

cho de su vida un círculo perfecto. Crecidos en apartamentos compartidos, habían ganado miles de millones con el petróleo crudo, el gas o sofisticadas estafas, y los habían gastado en casas, caballos o putas y, de vez en cuando, en contratar asesinos a sueldo, para terminar por volver a las partidas de cartas con sus camaradas, tal cual habían hecho en los viejos y malos días del comunismo, con la diferencia de que ahora los rodeaban cuadrillas de guardaespaldas.

Tendría que haber imaginado que Gorsky también era judío, aunque en definitiva su judeidad era un asunto más importante para él y Natalia Summerscale que para mí. Ellos eran rusos, yo no.

Vengo de una pequeña e insignificante nación situada en un insignificante rincón de Europa, y me alegra que sea así. Para esta historia, mi nacionalidad sólo cuenta en negativo, sólo en la medida en que no soy ni inglés ni ruso y sólo porque, después de que todo ocurriera, mi nacionalidad fue lo único que persistió en las leyendas de las granulosas fotografías que aún conservo. Como si fuera mi rasgo definitorio, a pesar de ser lo último a lo que hubiera apelado para describirme. Podría decirse que soy un matojo rodante, una

de esas plantas barrilleras que, una vez madura, se desprende de sus raíces. La condición de exilado no era en absoluto desagradable para mí. Era lo que yo mismo había elegido.

★ ★ ★

Hoy, todos aquellos meses en Londres parecen tan fríos como noviembre. Mis recuerdos son vívidos, pero se niegan a obedecer al calendario. Inglaterra no ofrecía estaciones para anclar la memoria. Los contados estallidos de azul habrían podido ser igualmente los de un Constable o un Turner: uno entraba en los museos para escapar de la llovizna. Llovía constantemente, y el tiempo sólo cambiaba cuando la lluvia se convertía en aguanieve. Una o dos veces, de camino al trabajo, levanté la vista hacia las nubes que se cernían bajas sobre los anegados jardines y vislumbé tras ellas una pálida esfera: un sol tempranero o una luna tardía, no había forma de saberlo, colgando allí como una falsa promesa. Incluso en medio de la primavera parecíamos estar a «comienzos del invierno siguiente», como muchos decían en broma. A lo largo de la mayor parte de

ese año sin estaciones, la gente entraba en la librería, se estremecía, decía algo sobre el clima y luego clavaba la mirada en los lomos de los libros en los anaqueles, hasta que entraba en calor o descubría un título que quería. Entonces inspeccionaba el ejemplar... y tomaba nota para pedirlo *online*. Aunque sólo con el alquiler se iban ocho mil libras al mes, la librería de Fynch también podría haber sido un salón de exposición para el comercio de libros en Internet. Apenas unas pocas personas, quizá movidas por un sentimiento de culpa, compraban algo antes de volver a la lluvia: una postal o, si se sentían con ánimo de gastar, uno de los delgados volúmenes de poesía cuyas tiradas son tan pequeñas que las librerías de la *web* no se molestan en bajarles el precio. De modo que el negocio se reanimaba una vez que el invierno parecía quedar atrás, durante esa aparente primavera. Aunque sólo fuera por cosechas tan magras, y comparándolas siempre con nuestras cifras habituales para la estación, que, admitámoslo, distaban de ser grandes.

Fynch no es el tipo de librería donde alguien busca libros para la playa, a menos, tal vez, que se trate de una playa privada. Y está definitivamente «fuera de los

caminos trillados» –pocas veces ha sido tan cierta una frase hecha–, escondida en una de esas calles laterales donde no hay otras tiendas y los transeúntes son muy escasos. Sólo alguien que no se entusiasme mucho con la venta de nada sepultaría una librería tras una hilera de antiguos establos acondicionados como casas en la tierra de nadie que separa Knightsbridge y Chelsea, dominio de decoradores de interiores y viviendas elegantemente amuebladas donde los volúmenes ilustrados de gran formato superan a los otros libros en una proporción de tres a uno. Y no dejaré de señalar que estoy dando números reales, y no simplemente dejándome llevar por una forma de hablar.

Hay excepciones, y están en el «viejo Chelsea». El «viejo Knightsbridge» ya no existe, a menos que se considere la primera oleada de kuwaitíes desplazados por el tipo de gente para la cual el petróleo, como materia prima, es hoy menos emocionante que los sorbetes de limón. Sin embargo, los llamados clientes habituales de Christopher Fynch que proceden del «viejo Chelsea» son ingleses hasta la médula, incluida su ropa interior de Marks & Spencer. Ingleses que malgastan hasta las últimas monedas de su imperial caja chica con una dis-

creción que incluye la compra de uno que otro libro. No prefiero forzosamente el «viejo» al «nuevo» Chelsea, con su usurpación europea y norteamericana de los estilos caballerescos, pero tengo una predisposición étnica al sentimentalismo cuando se trata de cualquier grupo de personas lo bastante estúpidas como para dejarse expulsar de su propia tierra. Es una raza en extinción la del «viejo Chelsea», y pronto estará tan extinguida como sus pedidos de biografías del vizconde Allenby y del cardenal Comosellame, o como su palique sobre Martin Amis como un joven escritor escabroso. Sus propios hijos prefieren parecer «nuevos ricos», aunque no tengan un centavo.

★ ★ ★

La mañana en que Gorsky me preguntó si, de ser posible —¡de ser posible!—, podía charlar un poco conmigo, lo había visto salir de un largo y plateado Bentley o alguna marca de éstas, el tipo de automóvil que debe de estar lo bastante blindado para soportar un ataque con granadas antitanque. Cuando bajó de su vehículo, no me pareció que viniera a Fynch. Vacilaba y estaba

tieso, con un ojo cerrado a medias mientras examinaba, como si tuviera un monóculo en el otro, el letrero del negocio. Si bien era un hombre que debía de haber comprado más cosas que nadie que yo tenga la probabilidad de conocer en mi vida, no creo que se molestara a menudo en «ir de compras».

Todavía no del todo convencido de que estuviera a punto de entrar en la librería, lo observé a través del escaparate salpicado por la lluvia. Yo estaba sentado ante mi escritorio, rodeado de facturas manuscritas —a los del «viejo Chelsea» les encantan las facturas manuscritas—, en la misma silla donde paso horas y horas a lo largo del día, ubicada debajo de un cartel que pide a los clientes su apoyo a la librería independiente local. Éramos independientes, sí. Y también aficionados a los libros. A pesar del desorden, que generaba la impresión de una frenética actividad, me las arreglaba para leer un par de títulos por día incluso en las jornadas que pasaban por ser movidas. Está claro que nunca esperé tener que vér-melas con los «grandes negocios», pero en este hombre todo hablaba justamente de eso, de grandes negocios. Desde su manera de bajar de aquel coche y dar breves instrucciones al conductor elegantemente trajeado que

mantecía abierta la puerta del vehículo hasta su actitud al deambular indeciso entre los anaqueles –mientras yo terminaba una ínfima transacción y charlaba con una de nuestras clientes matinales–, o el tono con que finalmente pronunció ese «de ser posible».

Por estos lares, hablar de clientes matinales es referirse en general a ancianas con cascos de pelo blanquinegro jaspeado y cuidadosamente peinado, que están levantadas desde las cuatro y media de la mañana y disfrutan con la lectura de relatos sobre solteras cultas que emulan a Anita Brookner o Sally Vickers, con las cuales sienten plena empatía a pesar de no ser solteras ellas mismas. Sólo la viuda de un banquero puede permitirse el lujo de vivir sola en esta parte de la ciudad, y algunas de estas viejas duras y aceradas habían enviudado varias veces de varios banqueros. Les gusta charlar conmigo y matar el tiempo una media hora, antes de tomar el ascensor al café del último piso de los almacenes Peter Jones, donde pasan ociosas el resto de la mañana. A sus ojos, el hecho de que yo sea extranjero es una ventaja, porque disfrutan explicándome las costumbres inglesas, aunque ahora están tan perdidas como yo en Inglaterra. Son mis mejores clientes. Nunca

compran libros *online*, y no porque les disguste Internet, sino porque ni siquiera saben que tal cosa sea posible.

★ ★ ★

No soy un caballero librero, si bien hice ciertos esfuerzos por parecerlo. Caí en Gran Bretaña a comienzos de los años noventa: era un desertor con un doctorado en literatura inglesa. Mi nada distinguida tesis sobre William Hazlitt –testimonio de una anglofilia platónica que, siendo veinteañero, me pesqué como un virus engañoso– era inútil incluso en mi país, no diré ya en la «nave nodriza Reino Unido», donde ese tipo de doctorados en Lit. Ing. se consiguen de a dos por un penique, y donde Hazlitt es un anticuado fuera de onda en medio de la moda del estudio posliterario de los ismos y la teoría.

Llegué a Londres siendo un refugiado en un mar de refugiados, como parte de una ola que se formaba en los Balcanes desgarrados por la guerra y rompía contra los duros pero porosos acantilados de Dover. Quienes se refieren a la generación perdida cuando hablan de Hemingway o Fitzgerald no tienen idea de lo que significa el término «perdido».

Mi progreso desde «allí» (el piso de dos dormitorios de mi familia en una monstruosidad de hormigón en los arrabales de la capital, con su imagen congelada en la Polaroid de la memoria en el momento en que el cartero tocaba el timbre para entregar mi convocatoria al servicio militar) hasta «aquí» (la librería de Christopher Fynch en Chelsea, en esta despiadada mañana de lluvia) implicó no pocas mentiras, la primera pero no la última de las cuales fue la afirmación de mi madre ante el cartero de que ya me había escapado. Mentira que acompañó su negativa, a bocajarro y repetida tres veces, como si fuera algo bíblico, a firmar nada en mi nombre, y menos aún si se trataba de algo relacionado con el servicio militar.

¿Quién habría imaginado que estaba en la naturaleza de mi madre negarse a obedecer al Estado? Parecía una hoja que el más leve de los vientos podía hacer volar. Al día siguiente, cuando me llevó en un pequeño automóvil hasta la frontera húngara en medio de la noche, ignoraba que el cáncer estaba devorándola. Más adelante, muchos de los que se quedaron para combatir despreciarían a gente como yo. Nos llamarían «novias fugitivas». Mi madre era mejor persona que yo. Decía

que prefería no volver a verme nunca más antes que tener que verme con un arma en las manos. Su deseo se cumplió.

Visto desde la distancia, mi camino a Londres parece relativamente indoloro. La muerte de mis padres, ocurrida más adelante, y la consiguiente venta de su miserable vivienda por la principesca suma de diez mil euros –el único capital con que hasta entonces había contado en mi vida– no hicieron sino consolidar mi aptitud para desprenderme de los sentimientos, un truco que me resultó tan útil como la aptitud para desligarme de mis raíces. Además, siempre fui –lo admito sin cortapisas– un cabrón afortunado.

Después de llevar mi educación formal lo más lejos posible para postergar el desafío y la disciplina de un empleo remunerado, me di cuenta de que tenía pocas ambiciones. Y las pocas que tenía apenas sobrevivieron al cruce en trasbordador desde territorio holandés, donde había dormido un par de noches en la casa de un amigo de la escuela que, pintor de murales en Belgrado, era en Holanda pintor de paredes. Ámsterdam estaba llena de desertores balcánicos bien colocados con marihuana legal, y en pleno éxtasis por poder estar unos

junto a otros. De haber tenido algún tipo de habilidad manual, me habría quedado allí, en el continente.

Cuando obtuve mi permiso de trabajo británico, aterricé en la venta de libros de manera tan accidental como meses antes había aterrizado en Eaton Square, en el dúplex de la mujer británica de un banquero americano que quería un varón como *au pair* de sus trillizos concebidos «in vitro». Los *au pairs* varones estaban de moda. El trabajo no requería calificación alguna, pero ella consideró que, con mi doctorado, contribuiría a complementar el cuidado del que ya se encargaba durante todo el día la niñera filipina, una joven tan dedicada como incapaz de expresarse en inglés. Yo llevaba a los tres chicos a la escuela y a jugar al fútbol en Hyde Park. Y les gustaba como ellos me gustaban a mí: sin apego alguno. Cuando ya no me necesitaron como escolta, seguí viéndolos de tanto en tanto, en los días que volvían de Oxford, Princeton y Brown a visitar a papá y mamá. A diferencia de sus padres, esos chicos leían. Aparecían por la librería de vez en cuando, y me llamaban «man» con un exagerado acento norteamericano. En aquel tiempo, todos los chicos británicos aspiraban a ser americanos, y los

trillizos, por supuesto, preferían a su padre, el banquero americano, antes que a su madre.

Empecé a trabajar para Christopher Fynch en 1995. Christopher era todo un caballero librero, y en ese orden preciso: un caballero todo el tiempo y librero durante una hora o dos, en las ocasiones en que se molestaba en aparecer para controlarme. Me pagaba una miseria, pero era todo lo que podía permitirse, y con frecuencia más que eso. Teníamos lo que algunos llaman «buen rollo». Había enviudado en 1987, y tenía una hijastra apenas menor que él en algún lugar de West Hampstead, pero no hijos propios. En cierta ocasión, me explicó que «las paperas se habían encargado de eso». Dudo que en su vida hubiera estado alguna vez en el bando de quienes quieren ser padres. Ni siquiera estoy seguro –pese a su matrimonio con una mujer dieciocho años mayor que él– de que Christopher Fynch fuera heterosexual u homosexual. Sin ser ascético en muchos otros aspectos –su mesa diaria en La Poule au Pot y su media botella de burdeos son prueba de ello–, en los asuntos relacionados con lo sexual Fynch parecía ser el tipo de etéreo «ex alumno de colegio privado» para quien se había inventado el concepto de celibato. Yo le caía bien y él me

caía bien a mí, aunque no pensaba ni por un instante en que pudiera declararme heredero de su librería ni de ninguna otra cosa. Nunca tuve ni una pizca de mercenario y, de todos modos, tampoco había mucho que heredar.

★ ★ ★

Nuestra empresa seguía siendo tan poco digna de entusiasmo como el clima británico... Hasta el día en que Gorsky apareció con su propuesta de negocio. En su apariencia solitaria y ligeramente taciturna había algo tan obvio que, casi desde el primer día, decidí llamarlo «El Gran Gorsky» en mis correos electrónicos con Fynch. Mi jefe era un aplicado escritor de *e-mails*, a pesar de su rancia fachada tecnofóbica de viejo ex alumno de Eton. Los *e-mails* –las *e-píستolas*, como los llamaba él– le permitían no salir de la cama cuando no tenía ganas de hacerlo. Y no era el único. Estamos hablando de la población envejecida de toda una isla sumida en el leve estupor de la depresión postimperial.

–Me llamo Gorsky, Roman Borísovich Gorsky –dijo finalmente el príncipe prusiano de casimir escocés, tras haber escrutado durante una buena media hora los ana-

queles de Fynch, tomando de aquí o de allá un volumen para hojearlo de una manera a la vez cuidadosa y distraída.

Su acento era inconfundiblemente ruso. Su inglés, esmerado y correcto.

—Me llamo Gorsky, Roman Borísovich Gorsky —dijo con una voz en la que se mezclaban en igual medida trazas de suavidad y de tersa irritación nicotínica—. Me preguntaba si, de ser posible, podríamos charlar un poco.

—¿Habla usted ruso? —me preguntó cuando me levanté de mi escritorio. Un libro resbaló de mis rodillas, y una pila de facturas manuscritas se desparramó por el suelo. Tartamudeé algo de «entenderlo» y «leerlo». Mi lengua materna era bastante parecida.

—¿Qué lee? —me interrumpió Roman Borísovich, aún en inglés—. De Rusia, me refiero.

—Babel, Bunin, Bulgákov.

Mi hilera de «bes» lo hizo sonreír.

—Pero también Chéjov... y Tolstói, por supuesto. —Como no tenía idea de sus gustos literarios, trataba de ser lo más amplio posible.

—¿Dostoievski no?

En una de las comisuras de su labio superior se dibujó una levísima sombra de suficiencia. Se daba cuenta de que yo trataba de complacerlo.

—Bueno, sí. Y no... Antes sí. No estoy seguro de que hoy pudiera disfrutar mucho de su obra. Podríamos decir que la vida ya es lo suficientemente dura...

Eso no sonó bien. ¿Qué decía yo de Fiódor Mijaílovich o, en rigor, de mí mismo? A mi alrededor había amplias pruebas de que la vida, incluida la mía, distaba mucho de ser dura. De todos modos, él no parecía prestarme mucha atención.

—¿Poesía?

—Sí, poesía también. Tsvetáyeva. Andréi Bieli. Ajmátova. Blok. La Edad de Plata en general. Y Pushkin, claro está. Como todo el mundo. ¿Cómo puede uno no leer a Pushkin?

«Qué profundo, Nikola», pensé con el mayor de los sarcasmos mientras escupía mi demasiado obvia lista.

En eso consistió, más o menos, «nuestra rápida charla». El encargo que iba a transformar la librería de Fynch durante casi dos años surgió en apariencia como una ocurrencia de último momento. Gorsky se encontraba ya casi fuera del local cuando mencionó el motivo de su visita.



Estaba construyéndose una «casa» calle abajo, y por nuestra parte debíamos garantizar que, el día en que estuviera lista para ocuparla, contara con la mejor biblioteca de Londres. La mejor biblioteca privada de Europa. No sólo una biblioteca general, sino una a medida para un caballero erudito ruso interesado en el arte, la literatura y los viajes, y con facilidad para los idiomas europeos; una biblioteca cuyos libros parecieran haber sido adquiridos por el propio Gorsky y leídos a lo largo de muchos años o –de no ser así– que él estuviera plenamente decidido a leer. Además, debía ser una biblioteca en que gran parte del acervo tuviera el aspecto de haber sido heredado de ancestros versados en libros. Gorsky quería primeras ediciones de todo, incluido el Antiguo Testamento, y quería ejemplares en impecable estado.

El dinero –ni falta hace que lo diga– no era un problema.

–Le daré un anticipo –dijo, sacando una larga y angosta chequera encuadernada en piel de cocodrilo teñida de color granate del bolsillo de su abrigo.

Hizo una pausa de un par de segundos, y, finalmente, escribió en el cheque la suma de doscientas cincuenta mil libras pagaderas a Christopher Fynch Ltd., tal como indicaba un cartelito pegado con cinta adhesiva a la caja registradora. El esbelto depósito de su pluma estilográfica tenía gemas del tamaño de un alfiler elegantemente engastadas. La tinta era sepia oscuro. La caligrafía, a la vez hermosa e ilegible. Aunque la suma podía leerse con bastante claridad.

—Use el dinero y, cuando se le termine, pídamе más. Tome el treinta por ciento por su tiempo. Pero quiero recibos de todo, hasta de la edición en rústica más barata. ¿Le parece razonable?

Su tono sugería que él era razonable e incluso generoso, pero no tonto. Y también que había tenido alguna experiencia en tratar con gente que, tras tomarlo por tonto, había terminado por comprobar que no era una buena idea hacerlo.

Como ya dije, más o menos eso fue todo. Con la excepción, ahora que lo pienso, de un último detalle. Después de que yo, un tanto alelado y con cierta torpeza, guardara el cheque en la caja registradora y la cerrara, Gorsky sonrió una última vez con suficiencia e hizo una pausa.

—¿Libros de arte? —preguntó.

—Sí. Bueno, no. Me refiero a que arte ruso, sí, y a decir verdad con voracidad, pero no en ruso. Al menos todavía. —Lo cual, para variar, era absolutamente cierto. Había pasado la mayor parte del año anterior devorando arte ruso, y leyendo todos los libros de ese tipo que caían en mis manos, a causa de Natalia Summerscale.

—Bien. Muy bien. Me gustaría que mi biblioteca pudiera cautivar a cualquier experto en arte.

Dicho eso, salió y subió al lujoso automóvil que lo esperaba.